

**IN MEMORIAM
ANTONIO ORTEGA DÍAZ**



A primeros de Julio, un mensaje me daba la triste noticia del fallecimiento tras una larga y penosa enfermedad, de Antonio Ortega. Hablé con él por última vez en Mayo, y precisamente para interesarme por su estado de salud ya que no atendía a las llamadas telefónicas desde su despacho. Hablé con él, y como siempre en los últimos tiempos, me hablaba de que su perspectiva era el día a día, que no se pod-

ía comprometer a trabajos de futuro sino que su meta era muy corta y su aspiración disfrutar en la carrera. Estaba de nuevo con ciclos de quimioterapia y no acudía al departamento.

A Antonio le conocí por primera vez en 1997; fui a visitarle a su Departamento de Biología Vegetal para que me facilitara bibliografía sobre el *Género Cortinarius*, el cual comenzaba a interesarme. Aún

recuerdo su mirada, no sé si de sorprendido, de incrédulo...; a mi pregunta de novato, ¿tan difícil es? descubrí inmediatamente el lado humano de Antonio. En aquel momento ya hablamos de lo complicado que era el estudio en profundidad del mundo de las setas, cuando además era una asignatura marginal dentro de las licenciaturas en las diferentes Universidades. Ante mi insistencia, recuerdo aún sus palabras: *si te gusta, ¡adelante!, que bibliografía no falta*. No entendía yo en aquel momento lo que podía haber escrito sobre el dichoso Género. Me volví a casa con unas pocas separatas que aún conservo y con ánimos de empezar a conseguir las grandes obras sobre el Género.

Todavía no se había generalizado la fotografía digital, y se trabajaba lógicamente con diapositivas; recuerdo que le envié un primer paquete con exsiccatas de mis primeras determinaciones, con sus co-

rrespondientes diapositivas, y cuál fue mi sorpresa que si no me felicitó por las fotos, tampoco lo hizo por mis determinaciones: todas erróneas. Aquí aprendí mi primera lección por parte suya. Me dijo muy serio: *“si quieres aprender y llegar al sitio, vete abriendo camino analizando las diferentes opciones, pero jamás te obsesiones con algo determinado”*. Salí de allí descorazonado.

A los pocos días recibo un correo en el que me comentaba los errores que cometí, y hasta dónde había llegado, puesto que en algunos casos eran especies próximas. Esto me dio unos ánimos tremendos para seguir estudiando todo lo que caía en mis manos sobre setas, y sobre todo para intentar determinar cada una de mis recolectas.

Desde entonces recibí de él siempre consejos para el estudio del *Género Cortinarius*; en los últimos años aportando material y muchísimas dudas en mis determinaciones: he

aprendido de él muchísimo, pero quedaba lo más importante.

Me quedaba conocer al Ortega humano, a la persona.

Desde que se cruzó en su camino la terrible enfermedad, he hablado con él en muchas ocasiones; hablaba de la enfermedad con una frialdad que causaba escalofrío, sin rehuir en absoluto de su situación y de sus esperanzas. Cuando hablaba con él me transmitía una sensación de seguridad, de entereza, de ganas de vivir y de trabajar, que me sorprendía. Esa es la gran lección que nos transmite un gran hombre que ha luchado hasta el final de su vida enseñando y sobretodo haciendo felices a las personas de las que se ha rodeado en su vida.

La última vez que le visité, quedé con él en el Departamento;

al llamar al ascensor me llamaron y le reconocí por la voz. Entrecortado por la situación, me llevó hasta su despacho recientemente remodelado, y estuvimos hablando largo y tendido...

Sobre la mesa había un libro aún no desembalado, y me dijo al presentarle nuevas muestras: *“Qué ganas puedo tener si aún no le he abierto, Juan de Dios”*. Esa frase la recordaré siempre de un hombre que luchaba contra su enfermedad con una entereza envidiable.

Al despedirme de él, me tenía preparado un regalo: Su *“caja de reactivos”* que conservaré como oro en paño.

Para los micólogos europeos ha muerto una gran persona.

**QUE DIOS TE TENGA EN EL
CIELO DE LOS JUSTOS.**

Juan de Dios Reyes García